

la escuela, se encuentra apto para un servicio que exige perseverancia i regularidad.

Pero el niño no puede trabajar siempre; necesita, no reposo (salvo durante el sueño), como los adultos i personas de madura edad, sino juegos recreativos que forman parte de su educación. El juego desarrolla la fuerza muscular, la destreza, la agilidad, el golpe de vista, la presencia de ánimo i el valor, i, por lo mismo, es preciso dejar jugar a los niños. Cuando se reúnen sin jugar arman altercados o se entretienen en cosas fútiles de mala índole, i tales reuniones suelen convertirse en escuela de desmoralización. Para prevenir el mal, producto de la ociosidad de los niños, convendría que hubiera en cada localidad un lugar o sitio determinado para los juegos, i ese lugar debería estar vigilado, por lo menos indirectamente, i provisto de sencillos aparatos de higiene.»

ORDEN I ASEO.

El orden, requisito indispensable para la perfección en todas las cosas, no sólo atiende a la acertada distribución de los objetos materiales, sino que regula las operaciones de la inteligencia i los sentimientos del corazón, estableciendo en todo la más bella i agradable armonía. Influye poderosamente en el bienestar de todas las familias, sea cual fuere su posición i fortuna. La experiencia diaria acredita que en la mediana preserva de apremiantes necesidades, i en la opulenta evita la prodigalidad i la disipación; mientras que por falta de orden, los que podían vivir modesta i desembarazadamente, se ven reducidos a la miseria, i no es raro arruinarse grandes fortunas. El orden, en efecto, parece que agranda el espacio i multiplica el tiempo, facilitando i haciendo cómodo i productivo el trabajo, a la vez que influye eficazmente en la moralidad de las costumbres.

Lo que sucede en la vida del hombre, i asimismo en la de los pueblos, sucede de la propia manera en la escuela. Con orden, todo marcha bien; el maestro cumple sus deberes sin violentarse, i los niños progresan en sus estudios i adquieren hábitos morales, por efecto de la dependencia i mutua acción entre el ex-

terior i el interior. En la escuela, donde reina el desorden son completamente estériles las fatigosas e insoportables tareas del maestro, así como los trabajos de los discípulos.

La primera condición para establecer el orden en la escuela es el ejemplo, que vale más que todos los preceptos. El maestro debe cuidar de que los objetos de enseñanza i demás de que se hace uso estén colocados en el lugar designado al efecto i al alcance de los que han de emplearlos, i de disponerse todo de modo que principien i terminen los diversos ejercicios con escrupulosa exactitud en horas fijas, sin dejar a los discípulos pretexto alguno para faltar a la regularidad en la marcha establecida: *Un lugar para cada cosa i cada cosa en su lugar; un tiempo para cada ocupación i cada ocupación en su tiempo*, es una regla general, sin excepciones, pues no basta practicar un ejercicio, es menester practicarlo en tiempo conveniente i en el orden prescrito. Si el maestro no da el ejemplo con su porte i conducta, en vano será exigirlo a los discípulos.

El ruido i confusión que suelen producir los niños, acaso pueda hacer creer que tienen aversión al orden, lo cual es un error. Lo que les repugna es el trabajo i la pena que les cuesta el establecerlo i conservarlo; pero una vez establecido, aprecian las ventajas que la calma i tranquilidad ofrecen para sus estudios i ejercicios, i procuran aprovecharlas. Todo depende de exigirles únicamente aquello de que son capaces, de ordenar los ejercicios teniendo en cuenta su movilidad, su ligereza, su inclinación a los juegos, su tendencia a variar de ocupación, auxiliándoles para moderar sus impulsos sin violencia.

Al principiar un ejercicio debe saber el niño lo que ha de hacer i cómo ha de hacerlo, i disponer de los medios i el tiempo necesario para ejecutarlo cómodamente. Al terminarlo ha de recoger i guardar en el lugar designado al efecto los objetos de que ha hecho uso, como libros, cuadernos, plumas, pizarras, etc. El tiempo que en esto se emplea, habitúa a la regularidad en todas las cosas, hábito de gran provecho en la escuela i más aún en la vida práctica, por lo que nunca será tiempo perdido el empleado para adquirirlo.

El orden en los ejercicios predispone a los discípulos a obser-

varlo también en el estudio i el trabajo. Por eso el paso de una lección a otra o la sucesión de ejercicios, ha de armonizar con los movimientos acompasados de los niños, marchando en filas, por grupos o secciones, bien en silencio, bien entonando los cánticos con este objeto prescritos.

El aseo es inseparable del orden, en tales términos, que donde no se advierte lo uno falta seguramente lo otro. El aseo no sólo influye en la salud, sino que es un principio de actividad, de buen humor, de satisfacción i aun de moralidad, según un reputado economista. La suciedad no es menos funesta a la salud del cuerpo que a la pureza del alma, mientras que el aseo, con el orden, de que es inseparable, ejercen saludable influjo en los hábitos de la niñez.

Cuando no se aprecian las razones ni los resultados del aseo, repugnan las molestias de las operaciones necesarias, hasta que se experimentan los beneficios que produce. Lloran los niños en un principio cuando se les lava, pero no tarda largo tiempo sin que manifiesten placer, aunque se emplee el agua fría o se les introduzca en un baño, hasta en el rigor del invierno. Lo que al pronto contraría su voluntad llega a convertirse en hábito de que no pueden prescindir, porque les proporciona bienestar i satisfacción. Esto, que sucede en el seno de la familia, tiene aplicación en la escuela.

El maestro, dando ejemplo, debe presentarse ante sus discípulos aseado, i cuidar asimismo de que la clase i todas las dependencias del edificio, con los enseres i los objetos de enseñanza, aparezcan también limpios i aseados. Cuando el aseo reina en todo i en todas partes, se impone i obliga a respetarlo. Si las paredes están limpias, el niño se detiene antes de rayarlas o ensuciarlas, i por el contrario, si no están limpias, diríase que convidan a trazar nuevas rayas i a embadurnarlas impunemente, porque no ha de distinguirse.

Por desgracia el mal estado de los locales, por punto general, no se presta mucho al aseo i limpieza; pero del maestro depende que estén barridas las salas i limpios de polvo los muebles i objetos, cada uno en su lugar. Donde más se nota la suciedad es en el piso, ya por el polvo que se produce al andar, ya por el

que se lleva en el calzado, i por el barro en los días de lluvia, ya por los papeles i cien cosas que arrojan los niños. Esto hace necesario el barrido después de cada una de las sesiones de clase i otros cuidados, según las circunstancias. En algunas de nuestras escuelas los alumnos se mudan de calzado en el pórtico o antesala, lo que no sólo contribuye al aseo, sino que sirve de preservativo de la salud, cuando en los días de lluvias i nieve llegan con los zapatos mojados. Debe prohibirse en todas partes arrojar trozos de papel i otras cosas al suelo, lo que en un principio será difícil evitar; pero que insistiendo en el mandato, no dejará de cumplirse.

Todos los días, tarde i mañana, debe pasarse revista de limpieza a los niños al entrar en la escuela, i cuidar asimismo de que conserven aseados los libros, cuadernos i cuantos objetos usen en la clase. Todo esto influye tanto en el orden, que, al visitar una escuela, aun sin estar los discípulos, por el aspecto que presenta la sala de clases i demás dependencias de la misma puede juzgarse si está bien o mal dirigida.

Este orden exterior, en cierto modo material, se enlaza íntimamente, como queda dicho, con el interior, i reconociendo la superioridad del orden moral con el físico, no puede negarse la influencia i dependencia mutua entre uno i otro. Mr. Gauthey hace depender en absoluto el orden exterior del interior, expresándose en los siguientes términos:

«Dos sistemas de disciplina se siguen hasta aquí en los establecimientos de educación.

«En ciertas escuelas se atiende con preferencia al arreglo exterior, a situar en un mismo nivel de orden la conducta exterior de los alumnos, someténdolos a un yugo severo, del que no pueden evadirse. El objeto es que todo se pliegue a una autoridad inflexible. Pero con este régimen de violencia no se forma el carácter moral, porque a pesar de todas las apariencias de sumisión, el corazón abriga funestas tendencias, el alma lucha contra el deber, que no ama; se ha blanqueado un sepulcro que encierra huesos i podredumbre. Así, cuando llega la emancipación del joven, reaparece el mal con espantosa energía, i la co-

rupción, en su impetuoso curso, derriba los débiles diques con los que se la había contenido momentáneamente.

«El otro sistema de disciplina, sin descuidar las reglas i las precauciones, se dirige esencialmente al corazón i a la conciencia. Principia desde el origen de la vida, a fin de purificarla i ennoblecerla, i cuando ha prendido fuego la llama celestial en el foco de la actividad humana, irradia esa luz sobre toda la existencia, en la que reflejan las santas claridades. Tal disciplina no puede ser puramente humana, porque el hombre no es dueño de los corazones, i sólo Dios puede sujetarlos con su palabra i con su espíritu.» «Yo, dando mis leyes en la mente de ellos, las escribiré también sobre su corazón.» Cuando así contamos con Dios, por la mediación de una fe viva; cuando contamos con Dios por él i no por nosotros; cuando tenemos un pie i un fundamento divino, tenemos la fuente de la santidad i de la fuerza. La regla está entonces en nosotros mismos, i aunque se nos presente formulada exteriormente, la aceptamos sin pena, porque ya está escrita en nuestros afectos i ha sometido de antemano nuestra voluntad.

No comprendo vuestra escuela, me decía un digno inspector, porque no se parece a las otras, i no adivino el resorte que la mueve. Algunas horas después me dijo: «Ahora os comprendo. En otras escuelas la regla es exterior, en la vuestra reside en lo interior.» Este es, en efecto, el fin que he deseado siempre conseguir. No por esto descuido los medios exteriores o la forma, no; pero es menester que la forma nazca del fondo, como el caparazón nace de la misma substancia de la tortuga. El orden exterior no es más que el reflejo del interior. Cuando el niño es sumiso i benévolo en su corazón, sus modales son dulces, amables i atractivos. En pocas palabras, del centro debe partir la influencia vivificante para extenderse a la vida exterior.

La acción de tal disciplina es siempre real, interior, orgánica, i tiende a penetrar i a formar al hombre por completo. No consiste en un barniz brillante, a propósito para seducir los espíritus superficiales, ni en aparatos con los que se anuncian maravillas, ni charlatanismo para engañar a la multitud aturdida, sino que es influencia activa i eficaz para formar corazones sen-

cillos, afectuosos, sometidos al deber i dispuestos a cumplirlo sin aparato.

Acerca de la conservación i aseo de los objetos de uso de los niños, el ingenioso pedagogo alemán Kelner, autor de los *Aforismos pedagógicos*, en que traza el ideal del maestro, dice:

«Entré un día en la sala de la división media de una escuela de niños de once i doce años, i rogué al maestro, que era un joven i acababa de terminar las lecciones, que tuviera la bondad de dejarme ver los cuadernos de escritura i aritmética. Se apresuró a mostrármelos i vi lo que no había visto nunca, pero lo que yo quisiera ver en todas las escuelas: el admirable aseo de los cuadernos, todos con cubierta de un mismo color, sin manchas de grasa ni de tinta, con buenas márgenes, sin letras mal hechas ni líneas mal trazadas, las cifras colocadas como los soldados en fila, separados los párrafos por líneas tiradas cuidadosamente con la regla, con los títulos en medio del renglón, de modo que todo producía un efecto agradable por el orden invariable i por una bella simetría. Sorprendido, saqué de los pupitres algunas pizarras en que los niños acababan de escribir, i observé el mismo encantador espectáculo.

«Tal hábito, dije para mí, no podrá menos de ejercer en los niños una influencia cuyos efectos se dejarán sentir durante toda la vida. ¿No observarán más adelante en sus negocios i diarias ocupaciones el mismo orden, el mismo aseo, i lo practicado en los bancos de la escuela no producirá los mismos frutos cuando abandonen esos bancos? ¿No ejercerá saludable influencia en el espíritu i esos niños no serán un día hombres útiles, exactos, armonizando el orden exterior con la pureza del alma?

«Regocijado el joven de mi visible satisfacción, al preguntarle cómo había obtenido aquel resultado, me contestó sencillamente: «No cedo nunca; los niños deben hacerlo así, porque es mi voluntad.» En el curso de la conversación me dió otras explicaciones. «En los principios, dijo, me costó mucho trabajo acostumbrar a los niños a este orden, i sólo lo conseguí a fuerza de insistir en ello. Ahora no saben hacerlo de otra manera, i se conforman a mi voluntad, sin que necesite recurrir a medios especiales para obligarlos. Jamás he dejado pasar impune el me-

nor descuido; las planas mal hechas o sucias tienen su correctivo; hago perder puestos a los culpables, o bien les obligo a asistir a la escuela por la tarde los días de vacación, para repetir el ejercicio con mi vigilancia. En los primeros tiempos, esto me robaba casi todas mis horas de descanso. En cinco minutos más, me decía yo, puede rehacerse bien el ejercicio; ¿por qué no he de aprovecharlos? Al dictar seguía el mismo principio, a fin de que no se viesan precisados los niños a escribir mal por hacerlo demasiado de prisa.» Yo desearía que todos los maestros tuvieran la constancia de aquel joven, porque, en verdad, el fruto conseguido no se notaría sólo en los cuadernos de escritura.»

LA FAMILIA I LA ESCUELA.

La educación es la obra de la familia, de la escuela i de la sociedad. Al venir el niño al mundo, la Naturaleza no lo encomienda a los filósofos, ni a los pedagogos, sino a la ternura i al amor de la madre, en cuyo regazo recibe las primeras impresiones, desenvuelve los primeros sentimientos i adquiere las primeras ideas. A la familia toca sentar los fundamentos de la educación, de que depende que el niño sea bueno, dócil, respetuoso, o por el contrario, desobediente, grosero, de malas inclinaciones, i deber es asimismo de la familia, ponerse más adelante de acuerdo con el maestro para continuar en común la obra comenzada, deber que desgraciadamente se desconoce o se olvida en un todo.

Muchas familias, obligadas a subvenir a las perentorias necesidades de la vida con el trabajo personal, carecen de tiempo i aun de tranquilidad para pensar en la educación de sus hijos; otras, por ignorancia, por preocupaciones o por indulgencia, tampoco se cuidan de tan importante asunto, i los más se consideran descargados de esta obligación desde que llega la época de que sus hijos concurran a la escuela. I menos mal si en lugar de coadyuvar al maestro, no contrarían la acción del mismo i destruyen los efectos que por sí solo hubiera producido. Común es, en efecto, para acallar a los niños i reprimir sus travesuras e impertinencias, el amenazarlos con la escuela, inspi-

rándoles así aversión i repugnancia, antes de la época en que han de frecuentarla, i miedo i odio al maestro, al que representan como un tirano sin entrañas. No es tampoco raro que en el seno de la familia se produzcan, como queda dicho, palabras imprudentes i desdénosas acerca de la persona i del saber del maestro, i quejas infundadas, lo cual debilita i rebaja la autoridad en lugar de robustecerla, i fomenta la desobediencia.

La sociedad, sin embargo, atribuye a la escuela, con notoria i suma injusticia, la falta de educación de los niños que salen de ella. Olvidase que la educación principia en la familia, de donde salen ya viciados los niños, i no se tiene en cuenta que algunas horas al día no bastan para corregir males inveterados que continúan fomentando los padres, i el improbo trabajo del profesor para educar i dirigir a multitud de niños, encerrados en estrecho espacio, desprovisto acaso de los medios de enseñanza i sin condiciones de salubridad. En dos, tres, i aunque sea cuatro años, que a lo sumo figuran los niños en la matrícula, con innumerables faltas de asistencias, sería preciso hacer milagros para una educación sólida i completa. De admirar es el fruto que en tales circunstancias sacan muchos niños de las lecciones, pues a pesar de todo cuanto se dice, la escuela de la niñez puede sostener ventajosa comparación con otros institutos de enseñanza.

No por la injusticia con que se le trata debe el maestro abatirse, ni menos abandonarse, porque sería culpable de las faltas que se le atribuyen; antes por el contrario, debe apelar, en la medida de sus fuerzas, a todos los recursos conducentes a ganarse la confianza i el apoyo i cooperación de las familias.

Los padres, hasta los más ignorantes, desean el bienestar de sus hijos, i si miran con indiferencia lo concerniente a la instrucción, es porque no aprecian bastante las ventajas que ofrece. Es, por tanto, necesario ilustrarlos, excitar el sentimiento del amor que existe en el fondo de todos los corazones, transformándolo en sentimiento activo, haciéndole salir del estado de inacción, en que no produce bien alguno. Compartiendo el maestro con los padres la educación, lo natural i provechoso sería que ambos educadores se vieran con frecuencia, para mar-

char de acuerdo en la obra común, i a esto debe aspirarse. Los padres rara vez se acercan a la escuela sino con exigencias inaceptables, o produciendo infundadas quejas, i el maestro no tiene tiempo de sobra para visitas, después de sus ordinarias ocupaciones. Por lo mismo que ofrecen dificultades estas entrevistas, deben promoverse por cuantos medios sea posible en interés de todos.

Al inscribirse un niño en la matrícula, tiene ocasión oportuna el maestro de dirigirse al padre o a la madre que le acompaña, para hacerles comprender la importancia de la educación. Con este motivo se informa del carácter del nuevo discípulo, de los hábitos, cualidades i defectos del mismo, de la preparación que ha recibido, datos de grande importancia para formar idea de la materia, por decirlo así, que ha de elaborar. A la vez, por medio de preguntas, sin pretensiones de mandato ni apariencias de censura, puede llamarles indirectamente la atención acerca de lo que no han pensado, de lo que han hecho i de lo que deben hacer, a fin de que comprendan lo grave del acto de encomendar a una persona extraña la autoridad paterna, i de la obligación que contraen de auxiliar a la persona en quien delegan su autoridad. Esta primera entrevista, aunque no sea motivo para hacerse grandes ilusiones, no dejará de producir algún efecto.

Otras relaciones con todas las familias sin distinción, no hai medio de excusarlas i deben aprovecharse con el propio objeto. La enfermedad de un niño, su comportamiento en bueno o mal sentido, i otras mil causas análogas, justifican las visitas del maestro. Todos los tratados de pedagogía contienen instrucciones sobre este punto interesante i difícil, por lo que basta llamar aquí la atención sobre ellos. El hogar doméstico es un recinto sagrado en que no puede penetrarse sino guardando toda clase de consideraciones i miramientos. Penetrado de esta idea, procederá el maestro en sus visitas con reserva i exquisito tacto, hablará de los niños, de sus disposiciones i conducta, dejando entrever en sus palabras el interés i celo que le inspira la instrucción, progresos i bienestar de sus discípulos, guardándose con cuidado de abultar los trabajos i disgustos que le cuestan. De este modo será bien recibido, i sus advertencias i ex-

taciones se escucharán con atención i deferencia. Podrá ser que a veces tropiece con hombres ignorantes i groseros que, en un principio, no comprendiendo lo que se les dice, lo escuchan con indiferencia, i acaso rechacen los consejos de una manera brusca i ofensiva; pero al fin tendrán que ceder ante los hechos i la favorable opinión de que disfruta el maestro, persuadiéndose que no impulsa a éste otro móvil que el interés de sus discípulos.

Cuando se habla de los adelantos de los niños en sus estudios i carácter, manifestando satisfacción i complacencia, los padres exponen sus deseos i aspiraciones i escuchan con gusto las advertencias i consejos que no llevan el tono de lección. Al hablar de los defectos se requiere gran discernimiento para no herir la susceptibilidad de los padres, propensos siempre a disculpar a sus hijos cuando la acusación proceda de persona extraña a la familia, i para que no se crean que exponen las faltas con el propósito de mortificarlos u ofenderlos, i al exponer los medios de corrección, hai que evitar el hacer alarde de ciencia o de superioridad. Sin estas precauciones se expone el maestro a que sean mal acogidas sus advertencias, i aun a que se le conteste de una manera desagradable i ofensiva.

Diferentes recursos puede aprovechar el maestro para llamar la atención de las familias hacia la escuela, sosteniendo de este modo relaciones indirectas con poco trabajo. Los premios, por ejemplo, pueden ser un medio de comunicación periódica entre la escuela i las familias. Los vales o billetes generalmente usados como premios, dicen día por día a los padres cuidadosos la marcha i conducta de sus hijos; mas para la mayoría tienen escaso interés. La repetición frecuente de las mejores cosas acaba por no llamar la atención, además de que, día por día, ni aun semana por semana, pueden señalarse notables progresos ni cambios de conducta. Notas mensuales que expresaran los progresos i conducta de los niños, producirían más efecto i bastarían para sostener estas relaciones indirectas. Teniendo impresos a que no hubiera que añadir más que una o dos palabras, el trabajo no sería penoso, i si aún pareciesen demasiado frecuentes estas comunicaciones, podrían establecerse cada dos meses, i aun por trimestres, sin perjuicio de los casos extraordi-

narios que el maestro debe poner al instante en conocimiento de los padres por escrito o verbalmente.

Los exámenes públicos, reducidos a meras fórmulas, preparados de antemano, han perdido en gran parte su importancia, i suelen ser causa de disgustos para los maestros, por las ilusiones que se hacen los padres acerca de la capacidad e instrucción de sus hijos. Pueden, sin embargo, suplirse con ventaja por mil medios, promoviendo la visita de la escuela para enterarse los visitantes de lo que en ella se practica i de los resultados que se obtienen. La indiferencia de los padres será un obstáculo; pero esa indiferencia es precisamente lo que importa combatir, llamando la atención por todos los medios acerca de los servicios que presta. No faltará alguna autoridad o algunos padres a quienes el maestro logre atraerse, i el ejemplo de éstos influirá para interesar a los demás.

Cuanto se haga en este sentido será en provecho de la educación i la enseñanza, i cuando se vea el celo i la abnegación con que el maestro cumple sus deberes, obtendrá éste la confianza i la buena voluntad de las familias, i las quejas de los discípulos i descontentos, quienes con nada se satisfacen, no tendrán eco en los demás. Contando con las familias, los discípulos serán puntuales en las horas de clase, no cometerán faltas de asistencia, corregirán mejor sus defectos, acaso prolonguen el tiempo de los estudios, tendrán más respeto al maestro, cuya autoridad robustecerán el padre i la madre, i como necesaria consecuencia de todo esto, facilitando la disciplina, se aligerará la tarea del maestro.

LOS PUEBLOS I LA ESCUELA.

Lo que sucede en las familias, las cuales en lugar de auxiliar al maestro, le suscitan obstáculos i dificultades, sucede lo mismo con los pueblos i sus representantes, en mayor escala, i con más graves consecuencias. Así es que el maestro, en su penosa carrera, tropieza con los obstáculos promovidos por sus discípulos, por los padres i por las autoridades locales encargadas de dispensarle auxilio i protección, cooperando a la delicada obra

que le está encomendada. Para realizarla de una manera completamente satisfactoria, en vano apelará a los recursos de su inteligencia i extremará su actividad i celo, si como procura conquistarse el afecto de los niños no logra destruir las resistencias i atraerse las simpatías de los pueblos, lo cual es de grandísima trascendencia, porque el concepto que disfruta en la opinión pública, como se ha dicho en otro lugar, se refleja en la escuela, i fortalece o disminuye la autoridad i prestigio, i, por consiguiente, el respeto i obediencia, o la falta de consideración i la desobediencia de los discípulos, de que depende lo mismo la disciplina que la educación i la enseñanza.

Desgraciadamente, los pueblos, con honrosas excepciones, se muestran poco favorables a la escuela. La ignorancia, la rutina, las preocupaciones, todo influye en contra del maestro. A pretexto de la escasez de recursos se le paga tarde i mal su modesta asignación, a pesar de repetidas órdenes de la superioridad i de apelar a diferentes sistemas de pagos, todos ineficaces. Como ya se ha dicho al enumerar las dificultades de la disciplina, a las reclamaciones en favor de la escuela, aparte de la eterna excusa del estado de los fondos municipales, suelen dar contestaciones ofensivas. Si llama la atención sobre el edificio de escuela destartado i acaso ruinoso, le dicen que no busca más que su comodidad; si pide la mejora del material de enseñanza o el más indispensable que hace falta, le replican que siempre ha estado así la escuela, i que él no busca más que los medios de ahorrarse trabajo; si piensa en reorganizar la enseñanza, introduciendo métodos racionales, se oponen diciendo: «Nada de eso se hacía en nuestro tiempo, i, sin embargo, hemos aprendido i podemos pasarnos sin saber lo que usted quiere enseñar por vanidad.»

Después de negarle medios de enseñanza, i lo que es peor, de rebajar su prestigio i consideración, se le exige responsabilidad por supuestas faltas, sin atender a sus justas i fundadas razones, i vienen, por último, los expedientes gubernativos, objeto de sinsabores i disgustos sin cuento para el maestro i de perjuicio para la enseñanza. Demasiado saben esto i mucho más los profesores por experiencia propia i por las amarguras que les